

Tlamati Sabiduría



Ciclones, desastres, olvidos, capital social y calidad democrática

Eliño Villanueva-González

¹Facultad de Comunicación y Mercadotecnia. Universidad Autónoma de Guerrero. Bachilleres s/n, Fraccionamiento Villa Caminos del Sur, 39097, Chilpancingo, Guerrero, México.

Autor de correspondencia

14203@uagro.mx

Resumen

En septiembre de 2023 se cumple una década de la presencia paradójica, por funesta y destructiva, pero al mismo tiempo benéfica y vivificante, de dos ciclones tropicales concurrentes: *Ingrid* y *Manuel*, que dejaron la mayor estela de daños materiales en la Historia del país, con el estado de Guerrero como el más afectado. Más allá de los efectos perjudiciales inmensos, dolorosos, preocupa que siguen ocurriendo daños en las vidas y en los bienes de los ciudadanos, a pesar de los cada vez más sorprendentes portentos de las tecnologías de la comunicación y casi cuarenta años de vigencia del Sistema Nacional de Protección Civil, que busca prevenir riesgos y mitigar consecuencias, poco antes de cumplir medio siglo de ocurrido el peor desastre en la Historia de México relacionado con la influencia de un huracán: el *Liza*, que en 1976 provocó entre dos mil 500 y cinco mil víctimas inocentes. En el presente trabajo se hará un recuento de sucesos, a fin de subrayar el extremo del desdén por las personas fallecidas en aquella fecha trágica, en sus derechos y en su dignidad humana, en lugar de fomentar su honra y contribuir así al fortalecimiento del capital social, la memoria colectiva, la participación cívica y el impulso de una mejor calidad democrática en los procesos de integración de nuestras representaciones sociales.

Palabras clave: Huracanes, Catástrofes, Cultura, Capital social, Democracia.

Información del Artículo

Cómo citar el artículo:

Villanueva-González, E. (2024). Ciclones, desastres, olvidos, capital social y calidad democrática. *Tlamati Sabiduría*, 18, 178-186

Editores Invitados: Dra. Rosalva Pérez-Gutiérrez, Dr. Oscar Frausto-Martínez, Dr. Julio Cesar Morales-Hernández.



Abstract

September 2023 marks a decade of the paradoxical presence, disastrous and destructive, but at the same time beneficial and live-giving, of two concurrent tropical cyclones: *Ingrid* and *Manuel*, which left the greatest trail of material damage in the country's history, with the state of Guerrero as the most affected. Beyond the immense, painful detrimental effects, it is worrying that damage continues to occur in the lives and property of citizens, despite the increasingly surprising wonders of communication technologies and almost forty years of validity of the National System of Civil Protection, which seeks to prevent risks and mitigate consequences, shortly before half a century after the worst disaster in the history of Mexico occurred related to the influence of a hurricane: *Liza*, which in 1976 caused between two thousand 500 and five thousand innocent victims. In the present work an account of events will be made, in order to underline the extreme disdain for the people who died on that tragic date, in their rights and in their human dignity, instead of promoting their honor and thus contributing to the strengthening of the social capital, collective memory, civic participation and the impulse of a better democratic quality in the integration process of our social representations.

Keywords: Hurricanes, Catastrophes, Culture, Social capital, Democracy.

Introducción

Entre la necesidad y el peligro

En medio de dos océanos: el Pacífico y el Atlántico, y sus mares interiores: el Golfo de México y el Mar de Cortés o Golfo de California, México enfrenta invariablemente todos los años una paradoja insalvable: la presencia de huracanes o ciclones tropicales. Gran parte del territorio requiere de las lluvias que dejan los fenómenos hidrometeorológicos, para apuntalar sus actividades económicas, pero también debe enfrentar la amenaza de los daños que causan en la vida y los bienes de sus habitantes.

Entre los meses de mayo y noviembre,¹ de acuerdo con los registros históricos y las proyecciones especializadas, en ambos litorales, un aproximado de quince ciclones en dimensiones de cuidado ponen en jaque a pueblos y ciudades, en especial los ubicados en las regiones costeras, en una cadena de situaciones de vulnerabilidad que va en aumento debido a las alteraciones en los

ciclos de la Naturaleza, como resultado de las actividades humanas en detrimento de la vida en el planeta.

En el mejor de los casos, puede ocurrir que uno de ellos surja y discurra solitario sobre el océano, paralelo a la costa, a distancia conveniente, y derrame el beneficio de sus precipitaciones sin causar destrozos, pero por la naturaleza impredecible en su generación, su desenvolvimiento y sobre todo en la trayectoria que tome, mar adentro o en tierra, nada se tiene seguro y no hay más opción que asumir, entre todos, las medidas de prevención pertinentes para evitar una catástrofe.

Igual puede ocurrir que, desde cualquiera de las regiones matrices en los océanos, concurren simultáneamente dos fenómenos y se conjuguen las condiciones, naturales y sociológicas, para que suceda un cataclismo de dimensiones grandes, tal como ocurrió en septiembre de 2013 con *Ingrid* y *Manuel*, los cuales provocaron los más graves daños² en la Historia, con la mayor afectación en

¹ Las autoridades consideran el inicio "oficial" de la temporada de ciclones tropicales el día 15 de mayo de cada año, y de ahí su vigencia hasta finalizar noviembre. Sin embargo, de forma por demás preocupante, como una consecuencia evidente de la ruptura de los ciclos de la Naturaleza, la fecha se ha "corrido" hacia atrás, pues de acuerdo con los registros recientes, para el año 2017 el ciclón Adrián surgió el 10 de mayo, y todavía más, en el año 2021, Andrés

se adelantó en el calendario, al apuntar su registro el 9 de mayo de ese año.

² En los registros de los fenómenos hidrometeorológicos en ambos litorales hay la presencia común de algunos de ellos surgidos y avanzando solitarios, en efecto, pero también suele ocurrir que se generen coincidentes en fechas muy próximas, de forma simultánea, o bien otros que llegan a "tocar tierra" más de una vez, afectando amplias zonas urbanas. En el caso de *Ingrid* y *Manuel*, a mediados de septiembre de

el estado de Guerrero, sobre todo en colapsos en vivienda, infraestructura y servicios.

El cumplimiento de lustros, décadas o siglos en la línea diacrónica del tiempo es momento para reflexionar sobre cuánto se ha aprendido, como sociedad, para evitar los riesgos en la convivencia obligada con fenómenos tan dolorosamente recordados y temidos, como prodigiosamente esperados, a la luz de otros instantes traumáticos, como el desastre del ciclón *Liza*, que en 1976 cobró la vida de entre dos mil 500 y cinco mil personas (Villanueva-González, 2004), debido a una secuencia fatal de errores.

A la par de ello, mediante este trabajo se pretende exponer la inercia común de destacar la parte material de las malandanzas, frente al factor más importante: las vidas de las personas, y el desdén cruel a las víctimas en la honra merecida a su dignidad humana, como elemento de aportación a la integración del capital social, la memoria colectiva, la participación cívica, el origen étnico, el sentimiento nacionalista y, con ello, a la ampliación de la calidad democrática de nuestra comunidad actual.

Corregir, después de la tragedia

La Historia de México está ligada estrechamente a las afectaciones de pueblos y ciudades por los fenómenos naturales de todo tipo: erupciones volcánicas, sismos, incendios, sequías, deslaves, inundaciones, derrumbes, plagas, tornados, maremotos, deslizamientos, ciclones, tsunamis, pero aquí se hará referencia a los huracanes, que, en el caso de regiones como el noroeste, y más aún, la península de Baja California, son indispensables para sostener las actividades productivas.

Fácilmente se podría llevar el seguimiento del devenir de la nación bajo la línea de la convivencia entre las comunidades y los riesgos por las tormentas, como también se les conoce a los huracanes o ciclones, su influencia en las expresiones culturales, si bien lo que se pretende es subrayar la prevalencia del enfoque político de los sucesos, por encima de los momentos disruptivos en el orden de las actividades

cotidianas ante la amenaza de los igualmente conocidos como “chubascos”.

A pesar de todo, persiste en el plano social una tendencia perniciosa, arraigada en la expresión de las conductas y comportamientos desde lo individual a lo colectivo, consistente en lo que comúnmente se conoce como tapan el pozo después del niño ahogado, esto es, tratar de corregir un problema o una situación crítica, en lugar de promover que se tomen las medidas pertinentes antes de que se reúnan los factores para desencadenar las circunstancias de peligro de todos los años.

El hecho es que el país pierde cantidades estratosféricas de dinero, tanto desde el Gobierno como al nivel de las familias, de los ciudadanos, en la práctica común de pretender el subsanar, en lugar de prever, y así podemos remontarnos a problemas tan diversos como las adicciones, los accidentes, los padecimientos derivados de hábitos alimenticios y no se diga la violencia y la inseguridad, con su peor efecto lesivo en la impunidad, como saldo de la falta de anticiparse a los contratiempos.

En esa proclividad para la atención de los problemas sociales o su colocación en términos de prioridad, el país pierde, más allá de los recursos económicos inmensos, un tiempo valiosísimo en la intención de controlar situaciones de orden político que prácticamente secuestran la agenda nacional, como consecuencia de no activar los protocolos que permitirían evitar las crisis de los conflictos, lo cual se puede ver todos los días en el nivel polémico de los debates de los actores públicos.

Sólo por mencionar un ejemplo, entre muchos, las instituciones del Sector Salud erogan cantidades millonarias de sus presupuestos para brindar atención a miles de derechohabientes con enfermedades terminales que resultan de malas prácticas de alimentación, en un problema creciente, resultado —entre otros factores— de la influencia masiva de los medios de comunicación, empresas que, para no variar, operan como negocios al amparo de permisos y concesiones públicas.

2013, no sólo se observó su concurrencia, sino que las circunstancias que encontraron durante su trayectoria les permitieron provocar una cantidad

de lluvia impresionante que dejó daños inmensos en varias entidades, aunque también favoreció beneficios en la disponibilidad de agua.

Tal es el caso de los perjuicios que cada temporada tienen lugar por la presencia de los ciclones, pues a pesar de los avances tecnológicos sorprendentes en materia de comunicación, que permiten el acceso rápido a datos especializados, y la creciente difusión de medidas como parte de las políticas públicas en materia de Protección Civil, las afectaciones siguen ocurriendo, y persiste la tendencia a priorizar daños materiales, antes que pérdidas humanas, y a politizar la atención de las tragedias.

En tal sentido, es emblemático el desastre del ciclón *Liza* que la noche del 30 de septiembre de 1976 provocó el fallecimiento de entre dos mil 500 y cinco mil personas, sobre todo migrantes (Villanueva-González, 2004) procedentes de los estados del centro y el sur, quienes llegaron a vivir en la ciudad de La Paz,³ capital del estado de Baja California Sur, en busca de mejores condiciones de vida que en sus pueblos de origen les fueron negadas, y se asentaron, sin saberlo, en el lecho de un arroyo natural.

Las advertencias desestimadas

A pesar de la magnitud de la tragedia del ciclón *Liza*, no fue sino hasta casi diez años después, tras los sismos igualmente traumáticos del 19 de septiembre de 1985 en la Ciudad de México, cuando el Gobierno emprendió la integración del Sistema Nacional de Protección Civil, como parte de sus políticas públicas dirigidas a prevenir riesgos y mitigar efectos por desastres con origen en un fenómeno natural, junto con su órgano técnico científico: el Centro Nacional de Prevención de Desastres.

Con todo y que ya habían transcurrido 21 años del ciclón *Liza* y pasado 12 años de sucedidos los temblores de 1985, en octubre de 1997, el huracán

³ La parte fundamental del trabajo se sustenta en 200 entrevistas realizadas a sobrevivientes de la tragedia del ciclón *Liza*, bajo la consideración de que hubieran tenido relación cercana con alguna de las víctimas mortales, e igualmente que tuvieran en ese momento una edad propicia para que sus testimonios resultaran con la seriedad suficiente hacia la integración del documento para la memoria colectiva del país, la academia y la investigación, pero también como aporte a las políticas públicas del sector de la Protección Civil. La selección final de los testimonios está bajo resguardo del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Paulina evidenció la falta de compromiso y convicción desde las propias instancias gubernamentales, pero también por parte de la población, al propiciar en el puerto de Acapulco un desastre derivado de la gran cantidad de lluvia acumulada en apenas unas cuantas horas, agravado su desfogue peligroso por la orografía de la región.

En esa fecha amarga para el histórico puerto guerrerense fallecieron alrededor de 200 personas, pues la cantidad no se sabe con certeza, en razón de que el manejo de las cifras desde las instancias de Gobierno es otro de los elementos que generan dudas en el tratamiento de las situaciones de emergencia, como lo mostró justamente el caso del *Liza*, para el cual el registro oficial de víctimas nunca superó las 500,⁴ a pesar de las evidencias de que se trató de una cantidad mucho mayor.

Algo muy lamentable en el caso del *Paulina* fue el comportamiento deplorable de las autoridades locales, al grado de que el Gobierno federal tuvo que hacerse cargo del control de la emergencia y la atención a los afectados. Como sea, siguiendo el objetivo de esta narrativa, la apreciación obvia es que poco o nada se había aprendido de las experiencias del huracán de 1976 y los sismos de 1985, pues entre las causas del desastre seguía figurando la inmensa falta de respeto por la Naturaleza.

El puerto de Acapulco seguiría siendo una referencia posterior importante sobre los avances reales de las políticas públicas en materia de prevención de riesgos ante las emergencias, pues apenas dieciséis años después del *Paulina*, esto es, a 37 del desastre del *Liza*, en pleno auge de la tecnología, de plano se exhibirían no sólo el olvido y el desdén por el peligro generado ante la

⁴ En los testimonios recabados hay quienes llevan las cifras de fallecimientos mucho más allá de las cinco mil víctimas, incluso, en algunos casos se refieren hasta treinta mil personas. Sin embargo, el análisis más justo llevado a cabo las ubica entre dos mil 500 y cinco mil, pero, de cualquier forma, la cifra oficial de muertes por el desastre se ubicó en apenas 487, por supuesto que mucho menos de las ocurridas, sobre todo si tomamos en cuenta que en el panteón de Los San Juanes se abrieron tres fosas comunes enormes para sepultar cuerpos y más cuerpos recuperados del área afectada. El fenómeno se repite con otras tragedias, como justamente los sismos de 1985 en la Ciudad de México, cuando el Gobierno asumió una cantidad infinitamente menor a los miles de personas que lamentablemente perdieron la vida en aquellos acontecimientos trágicos.

proximidad de los huracanes, sino una conducta francamente de irresponsabilidad colectiva frente a ellos.

Las publicaciones en la prensa registradas con profusión como testimoniales del comportamiento común frente a una contingencia exhibieron ante el mundo la tragedia de toda una localidad: La Pintada, en el municipio de Atoyac de Álvarez, en la región de la Costa Grande del estado de Guerrero, la cual desapareció por el deslizamiento de la falda de un cerro anegado por la lluvia y dejó sepultado para siempre el pequeño casco urbano del poblado con todo y su capilla religiosa al centro.

Lo más impactante, en todos los sentidos, no sólo fue la desgracia de los vecinos de esa comunidad, situada a unos kilómetros de Acapulco, sino el ejemplo expuesto ante los ojos del planeta con más de cuarenta mil turistas que se quedaron varados en el puerto debido al colapso de puentes y tramos de carretera que los dejó sin la posibilidad de regresar por tierra a sus lugares de origen, tanto así que el Gobierno tuvo que establecer un “puente aéreo” para sacarlos y organizar su retorno.

En el colmo de la contrariedad inexplicable, la conclusión es tajante, brutal: los funcionarios a cargo de prevenir emergencias incumplieron su deber, los empresarios turísticos, empeñados en su negocio, no cancelaron reservaciones ni advirtieron a sus clientes que estaría lluvioso y, más paradójico y sorprendente todavía: los turistas ansiosos de disfrutar las playas y los paisajes del sur durante el “puente patriótico” de 2013 no se tomaron la molestia de consultar los pronósticos meteorológicos.

El progreso sobre la Naturaleza

La confluencia de *Ingrid* y *Manuel*, con horas de diferencia en su aparición y avance, hasta la disipación, uno en el Atlántico y el otro en el Pacífico, entre la segunda y la tercera semanas de septiembre, se consolidó como el registro más

⁵ Del total de personas que en el recuento final de los daños perdieron la vida como resultado de las afectaciones por *Ingrid* y *Manuel*, únicamente a la comunidad de La Pintada corresponden 71 víctimas, en la municipalidad de Atoyac, la zona cafetalera de las estribaciones de la Sierra Madre del Sur, sobre todo debido a que el incidente tomó por sorpresa a las familias, en sus hogares, pues las lluvias más

destrutivo, en términos materiales: la lluvia y los torrentes fuera de cauce, las inundaciones, dejaron un saldo de 192 personas fallecidas⁵ y daños por más de cinco mil millones de dólares en 428 municipios de 21 estados de la República, sobre todo en Guerrero.

A pesar de la ocurrencia de catástrofes emblemáticas, en los hechos persiste un olvido ofensivo hacia la tragedia del ciclón *Liza*, que el 30 de septiembre de 1976 cobró la vida de entre dos mil 500 y cinco mil personas, como se ha planteado, lo cual la ubica como la de mayor impacto entre todas por el elevado número de víctimas, tomando en cuenta que La Paz, capital de Baja California Sur, que un año antes había pasado de territorio a entidad federativa, tenía alrededor de 85 mil habitantes.

En el proceso de conversión de su estatus de territorio a estado federal, junto con Quintana Roo, la ciudad registraba un auge ([Meza-Espinosa, 2015](#)) derivado del impulso al régimen fiscal de zona libre emitido en favor de ambas regiones por el Gobierno central, consistente en la exención de impuestos para la importación de ciertos productos y artículos, lo cual motivó la atracción de corrientes de migrantes desde estados del llamado “interior” del país, además de la acumulación de cuantiosas fortunas.

La situación obligó a las autoridades a dotar de terrenos a las nuevas familias avecinadas, para fincar sus viviendas, lo cual se hizo en el área sureste. Sin embargo, en la euforia de los propios beneficiarios por recibir su patrimonio, de sus dirigentes que aprovecharon la circunstancia para figurar u obtener beneficios y de las autoridades locales para atender la demanda social, no se tomó la suficiente importancia al hecho de que la extensión ocupada formaba parte de un arroyo natural.

Tan cierta era la evidencia del peligro indiscutible, que las propias autoridades emprendieron la gestión ante el Gobierno de la República para construir un “bordo de contención” en el

fuertes ocurrieron por la noche. Las escenas dramáticas de su tragedia se conocieron con precisión gracias a la posibilidad tecnológica de las grabaciones en vivo y las retransmisiones, lo cual ya se había presentado también, aunque con menor capacidad técnica, durante el huracán *Paulina*.

lecho de El Cajoncito, como se le conocía al caudal que atravesaba la ciudad en el área en la cual justamente se estaban instalando los vecinos, con la supuesta intención de proteger los nuevos asentamientos en caso de presentarse corrientes como resultado de las lluvias provocadas por los ciclones.

El hecho es que en las regiones desérticas pueden pasar años sin que ocurran lluvias, por lo cual no siempre es posible advertir indicios que evidenciaran la presencia del lecho natural, como sí sucede en las comunidades del interior del país desde donde provenían los migrantes, sobre todo en el sur, donde las precipitaciones son mucho más comunes e intensas, incluso los caudales pueden ser permanentes, factor que impidió a los recién llegados percatarse del riesgo que enfrentaban.

Las autoridades federales autorizaron la construcción de la obra, pero eligieron la propuesta menos costosa entre las presentadas por las dependencias locales, lo cual implicó que el represo se construyera sin estructura ni cimentación (Villanueva-González, 2004), en uno de los factores más dramáticos y conmovedores, por absurdo, que derivó en el alto costo en pérdidas humanas. A esa decisión funesta se añadieron señalamientos en el sentido de que los recursos se aplicaron sin mucha transparencia.

En otro más de los elementos incomprensibles, ilógicos, que propiciaron la catástrofe, los testimonios dan cuenta de que hubo casos en que los propios habitantes arribistas se fueron robando las piedras del represo para ocuparlas como materiales de construcción en sus viviendas familiares, lo que sin duda sumó factores de gestión del riesgo que apuntalaron con solvencia el ambiente común de vulnerabilidad, al debilitar el muro, de por sí construido con deficiencias que tampoco fueron valoradas.

Cincuenta años de soledad

La tragedia del ciclón *Liza* no ha recibido justicia como el desastre paradigmático que mostró con claridad la ruptura de los ciclos de la Naturaleza por el modelo de desarrollo y progreso de la modernidad, como el proceso más descriptivo de comunión de factores en la gestión

del riesgo de una catástrofe con origen en un fenómeno natural, en este caso meteorológico, uno de los tantos que afectan cada año las costas nacionales con saldos inmensos en perjuicios a las vidas y los bienes de los ciudadanos.

Esa inercia institucional de olvido y marginación, en todos los sentidos, hacia el momento climático de una calamidad en la Historia de México, no se limita a la cuestión política en el trato a otros acontecimientos graves, pues las víctimas del *Liza* no tienen, por ejemplo, una honra con todos los protocolos como la que se prodiga a quienes murieron en los sismos de 1985: para ellos, cada 19 de septiembre el propio jefe del Estado mexicano encabeza un acto en el zócalo de la Ciudad de México.

No solamente eso, sino que la fecha del terremoto de ese año también se ocupa, como parte de las políticas públicas encaminadas a la prevención de desastres, para realizar un simulacro general, nacional, conmemorativo, a fin de crear conciencia sobre lo urgente de estar preparados para el antes, el durante y el después de una catástrofe, al que se agregan las más diversas dependencias públicas, incluso instancias privadas. Pero la fecha del ciclón *Liza*, lamentablemente, muchos ni siquiera la identifican.

En el propósito de esta aportación, desde un trabajo empírico y multidisciplinario, basado en las líneas comunicológica, antropológica, periodística, literaria, histórica, meteorológica, sociológica, filosófica y jurídica, con el seguimiento de otros momentos de crisis causados por ciclones tropicales, la muestra es inocultable y palmaria: ni la tragedia misma del ciclón *Liza*, ni mucho menos las víctimas, han merecido la atención que sí se tiene con otros momentos críticos de la efemérides nacional.

La situación se extiende hacia otros ámbitos, como podría ser el académico, científico y de investigación, que no sólo evaden el tratamiento de la mayor tragedia nacional, por lo menos desde el punto de vista del número elevadísimo de víctimas humanas, inocentes, incluso por sus orígenes en las desigualdades sociológicas y la falta de oportunidades de bienestar, sino que se privilegian daños materiales causados por otros

fenómenos generadores de peligros y consecuencias.

Al cumplirse diez años de la presencia concurrente de *Ingrid y Manuel* es casi seguro que se presentarán análisis que muestren la inmensidad de los daños en infraestructura, servicios, instalaciones, incluso beneficios en materia de recarga de los acuíferos y de la reserva natural, en sus diversas modalidades, pero por lo menos no se conoce la preparación de algún estudio comparativo importante para conmemorar, dentro de tres años, el medio siglo de la tragedia del ciclón *Liza*.

Existen también investigaciones acerca de otros aspectos que relacionan el surgimiento de fenómenos meteorológicos, incluso que tienen lugar en tierra y afectan zonas urbanas o actividades importantes, como consecuencia de las condiciones climatológicas variables, de sus diversos elementos, pero en general acerca de la trascendencia que significó el desastre del *Liza* en La Paz, en septiembre de 1976, no existen investigaciones novedosas y el hecho tampoco se difunde.

Tal vez un ejemplo prístino, triste, del desinterés de las instituciones por este acontecimiento ocurra en la propia Universidad Autónoma de Baja California Sur, en la ciudad y en el estado donde sucedió el desastre, pues en el año 2015 —uno antes de cumplirse cuatro décadas de la catástrofe— se aprobó la tesis “*La migración nacional a Baja California Sur y su diversidad cultural. El caso de La paz (1970-2000)*”, en la que ni el tema ni la categoría de las víctimas, migrantes, tienen la mínima alusión.

Entre héroes y mártires

En septiembre de 2018, con el ascenso de un movimiento ciudadano crítico del modelo tradicional de control político, por décadas, mayoritariamente del Partido Revolucionario Institucional, con dos espacios sexenales desaprovechados de forma sorprendente por el Partido Acción Nacional: 2000-2012, y el retorno —más sorprendente todavía, por el saldo catastrófico de su final— del propio PRI: 2012-2018, parecía que el entorno cambiaría, en este

caso en la intención de modificar paradigmas e inercias.

Tanto así, que en una de las sesiones de instalación de la Legislatura federal que en ese mes iniciaba su período de funciones, los diputados presentes aprobaron por unanimidad ([Cámara de Diputados, 2018](#)) un punto de acuerdo de todas las fracciones parlamentarias de los partidos políticos representados en la Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión, inédito, para inscribir en el Muro de Honor del máximo recinto legislativo la leyenda “Al movimiento estudiantil de 1968”.

El acto significaba incorporar a la memoria histórica los hechos que propiciaron el fallecimiento de una cantidad todavía ni siquiera bien definida de personas, asesinadas a balazos, como resultado de un acto de represión orquestado desde el Gobierno a una serie de movimientos que tuvieron lugar ese año, influencia de un contexto internacional que produjo situaciones similares en otras naciones del mundo, y que, en efecto, en el país constituyó un acontecimiento medular de la Historia Nacional.

El momento implicó que muchos legisladores, de los más diversos partidos, entre ellos un representante de Baja California Sur, Alfredo Porras Domínguez, justamente exalcalde de La Paz, sitio donde ocurrió la tragedia del ciclón *Liza* cuarenta y dos años antes, subieran a la alta tribuna de la Patria a expresar el beneplácito por la inscripción de las víctimas de 1968 en el Muro de Honor del Congreso, incluso, algunos exigieron justicia para los héroes o los mártires, según la ideología planteada.

Otros reclamaron que el asunto no quedara sólo en la honra, sino que se fuera más allá, y se castigue a los responsables intelectuales de la masacre histórica. De cualquier forma, significaba un gran avance en la modificación de los paradigmas, pues de todos los personajes, frases, situaciones, instancias o momentos históricos inscritos en el Muro de Honor ([Cámara de Diputados, 2023](#)), resultaba difícil creer que una situación todavía polémica, contemporánea, fuera tomada en cuenta.

No obstante, la situación permite exponer, como es la intención deliberada del trabajo, la

prevalencia de los criterios políticos, por encima de los méritos de cualquier índole, para inscribir en letras de oro en el Muro de Honor los nombres y los momentos emblemáticos del palmarés nacional, es decir, la reflexión de cuándo se podrá observar en esas consideraciones de honor a las víctimas inocentes que han derivado de la ruptura de los ciclos de la Naturaleza por las acciones humanas.

En términos estrictos, esas inercias tan dominantes como crueles, pasan por alto entre los personajes y circunstancias críticas o memorables de la Historia Nacional, dolorosas o festivas, las que han resultado de la agresión a los ecosistemas, de la alteración de los hábitats y elementos de la Naturaleza, el orden de los entornos ecológicos, para satisfacer la demanda insaciable del progreso, desde una perspectiva sistémica, y así generar riesgos seguros para una catástrofe.

La convicción se antoja urgente en el sentido de modificar esquemas, tendencias y paradigmas, y como parte de la construcción de la memoria histórica, incluso como forma de impulsar la participación cívica, la construcción del capital social de la nación, el impulso a la calidad democrática, que se reconozca también en la honra a víctimas inocentes como las que perecieron sin siquiera conocer las causas del peligro durante la tragedia del ciclón *Liza*, en La Paz, el 30 de septiembre de 1976.

Discusión

El presente trabajo, resultado empírico de la recopilación de testimonios acerca de un acontecimiento histórico en la gestión integral del riesgo de desastres como resultado de la presencia de fenómenos naturales, intenta llamar la atención por la prevalencia de actitudes y comportamientos sociales, del nivel gubernamental hasta los ciudadanos, en torno de tragedias y víctimas de las mismas, en este caso con origen en un fenómeno hidrometeorológico, y en el caso particular el ciclón *Liza*.

El hecho es que hay una gran cantidad de catástrofes o crisis que han ocurrido y siguen sucediendo, en los distintos ámbitos de la vida del país, pero son aquellos con un origen político los que dominan, incluso al grado de apoderarse de la

agenda nacional, sumergiendo al país y a la sociedad misma en un terreno de incertidumbre, porque quienes tienen la responsabilidad de tomar decisiones no prevén la salida de control de las situaciones o los escenarios que pueden producirse.

En el caso que nos ocupa, también es referente en torno de una situación que ha tenido lugar y continúa vigente en nuestro país, en la misma línea que se ha planteado: el dominio de los asuntos políticos por encima de los equilibrios obligados con otro tipo de situaciones históricas. Igualmente, se constituyó una “Comisión de la Verdad”, tan comunes de integrar en situaciones críticas, la cual no se supo en qué acabó, no tuvo conclusiones, al menos no en términos de justicia para las víctimas.

La cuestión es que la predominancia de esos criterios en la honra a momentos y personajes hace que México en su conjunto pierda muchos recursos, pero en especial tiempo, que pueden destinarse a asuntos más constructivos, tales como fortalecer el sentido nacionalista, la identidad mexicana, la cultura y las costumbres y las tradiciones, incluso la participación cívica hacia la construcción cotidiana del capital social y la calidad democrática para integrar las representaciones colectivas.

Conclusiones

Los huracanes, tormentas, “chubascos” o ciclones, son fenómenos que se producen por una inestabilidad atmosférica derivada de la elevación de la temperatura del agua de mar, con un “choque” de presión entre el aire frío de la atmósfera, y el de la superficie, más cálido, y de ahí un “remolino” que tomará intensidad, avanzará y desplazará gran cantidad de nubes hacia el territorio nacional, cada año, y con ello generan la amenaza invariable de daños diversos en las vidas y bienes de los habitantes.

De tal manera que la posibilidad de que ocurra un desastre en áreas que cada vez se van poblando más, como resultado del crecimiento demográfico prácticamente sin control, y por la ubicación de México entre dos océanos y sus mares interiores, estará latente, por siempre, sin ninguna duda, con lo cual, como sociedad, se deben tomar las

medidas pertinentes, a fin de estar a tiempo preparados ante las situaciones de emergencia derivadas de la presencia de dichos fenómenos naturales.

En ese contexto, el predominio de los asuntos políticos para la integración del sentido nacionalista, la formación del capital social y la consolidación de la calidad democrática, el disfrute de libertades y ejercicio de derechos, debe pasar por honrar a las víctimas inocentes de las tragedias derivadas de la gestión del riesgo de desastres por dichos fenómenos, obligadamente, como medida para evitar la discriminación, no sólo en la vida, sino en la muerte, y la inclusión a la dignidad humana.

En concreto, se propone desde este espacio sumar la participación de las áreas especializadas en gestión del riesgo y prevención de desastres, pero también de otras instancias y disciplinas, a fin de explorar la posibilidad de que se inscriba con letras de oro en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión la leyenda “A las víctimas del ciclón *Liza*, 1976”, por los argumentos expuestos, como un acto elemental de justicia a su condición de ciudadanos mexicanos.

Asimismo, que se difunda la tragedia en el consciente colectivo, en la memoria histórica, se integre a los demás elementos de las políticas públicas en Protección Civil, lo mismo que en instituciones académicas y de investigación, a fin de que se otorgue a la tragedia del ciclón *Liza* la dimensión que tuvo y merece, en calidad de primer suceso grave generador de alertas claras acerca de los efectos de la alteración de los ciclos de la Naturaleza por la actividad humana, por el desarrollo y el progreso.

Agradecimientos

Se expresa en esta oportunidad un agradecimiento inmenso y un reconocimiento a la Revista *Tlamati Sabiduría*, de la Universidad Autónoma de Guerrero, a todo el equipo de la Dirección de Investigación, de la Dirección

General de Investigación y Posgrado, por permitir la apertura continua a la posibilidad de compartir el trabajo de investigación que realiza el colectivo de docentes, en las más diversas disciplinas, en el propósito de que se conozcan los resultados de su desempeño al difundirlo socialmente.

En lo particular, agradecemos la publicación de este artículo resultado de las observaciones, la indagación, la reflexión y el diseño de propuestas de buena fe en favor de un mejor planeta, de una sociedad y un mundo más empáticos y solidarios, apegados a nuestro lema personal y profesional en el sentido de que sí se puede ser felices viviendo la vida de forma diferente a como la viven muchos otros, que sí hay, sí existe, sí podemos tener... ¡Otra forma de ver el mundo!

Referencias

- Cámara de Diputados (2018). Diputados aprueban inscribir con letras de oro “Al movimiento estudiantil de 1968” en el Muro de Honor del Palacio Legislativo de San Lázaro. LXV Legislatura. Boletín número 100. <http://www5.diputados.gob.mx/index.php/esl/Comunicacion/Boletines/2018/Septiembre/20/0100-Diputados-aprueban-inscribir-con-letras-de-oro-Al-Movimiento-Estudiantil-de-1968-en-el-Muro-de-Honor-del-Palacio-Legislativo-de-San-Lazaro>
- Cámara de Diputados (2023). El Muro de Honor. LXIV Legislatura. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/muro/index.htm>
- Meza-Espinosa, C. (2015). La migración nacional a Baja California Sur y su diversidad cultural. El caso de La Paz (1970-2000). Universidad Autónoma de Baja California Sur. Tesis de Maestría en Historia Regional. La Paz, BCS. [MEZA_C_1.PDF \(uabcs.mx\)](#)
- Villanueva-González, E. (2004). El ciclón Liza, historia de los huracanes en BCS. Universidad Autónoma de Baja California Sur, 227p. [El ciclón Liza: historia de los huracanes en BCS - Elin Villanueva González - Google Books](#)